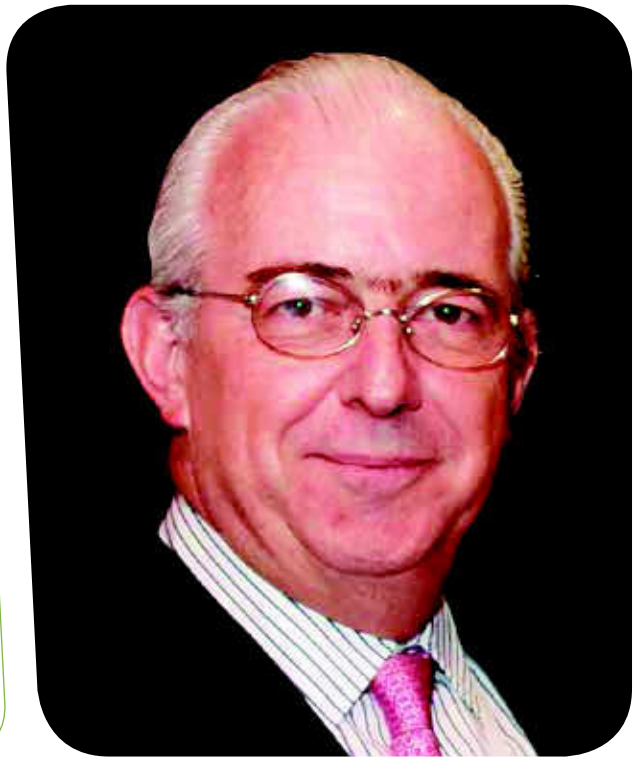
En 2016 debemos consolidarnos para fortalecer nuestro negocio y aprovechar todas las oportunidades que nos brinda la agroindustria



La producción anualizada de aceite de palma crudo alcanzó 1.3 millones de toneladas y la de aceite de palmiste 110 mil toneladas en noviembre de 2015, reflejando una tasa de crecimiento anual del 14 % frente al año inmediatamente anterior, lo cual muestra un comportamiento muy interesante, en parte derivado de las siembras de palma de aceite de años anteriores y también, de una recuperación de la productividad de los cultivos. Esto, sin duda alguna, se configura en una señal positiva para la palmicultura nacional y corresponde con el esfuerzo que gremialmente se está adelantando para el logro de dos de sus objetivos estratégicos, incrementar la productividad y mejorar el status sanitario sectorial y, superar la problemática sanitaria. También evidencia que la palma se ha constituido como uno de los renglones productivos que viene jalonando el crecimiento de la agricultura en nuestro país.

En 2015, los precios internacionales del aceite de palma estuvieron en promedio en US$ 577 por tonelada, que en relación a US$ 732 observados el año inmediatamente anterior, muestran una caída de 21 %. Por su parte, la tasa de cambio ha estado en promedio en $ 2.737 por dólar en lo corrido de 2015, frente a $ 2.017 en 2014, registrando una devaluación del peso colombiano del 36 %. De tal forma que, si bien los precios internacionales cayeron, esta situación fue compensada por la devaluación del peso colombiano y los aranceles variables resultantes del Sistema Andino de Franjas de Precios, SAFP, por lo que se estima preliminarmente que el valor de la producción de la agroindustria alcanzó los 2.7 billones de pesos en 2015, superior 25 % al 2014, evidenciando que el 2015 fue de buenos ingresos para los cultivadores y productores de aceite de palma en Colombia.

Pese a lo anterior, es claro que las inversiones en el sector agrícola y en particular en la agroindustria de la palma de aceite, están rodeadas de mucha incertidumbre: inseguridad jurídica en cuanto al derecho de propiedad de las tierras; cuestionamientos a figuras legales de contratación laboral flexible; expectativa de cambios en la política comercial; falta de claridad en la política gubernamental de biocombustibles; no ha habido un compromiso decidido con la recuperación de las zonas de emergencia sanitaria por cuenta de la PC en Tumaco, Nariño, y Puerto Wilches, Santander, sin desconocer los apoyos puntuales del gobierno para la erradicación de algunas hectáreas; la reforma tributaria impuso mayores impuestos a las empresas; y en el Proceso de Paz con la Farc, el sector agrícola fue el único sector productivo negociado.

Lo anterior, reclama del Gobierno Nacional claridad en las señales de política pública hacia el sector agrícola, de tal forma que haya consistencia en su planteamiento de que ante la caída de la actividad minero energética el país le debe apostar a dinamizar el sector agrícola, pues es allí donde el país tiene oportunidades de crecimiento económico y desarrollo.

Sin duda, ante este escenario hay que trabajar en la consolidación del sector e intensificar la actividad más que extenderla, para mejorar los ingresos. Se debe mejorar la productividad y aprovechar el potencial de rendimiento de los materiales genéticos disponibles, así como aprovechar el uso de la biomasa de la palma para generar energía y lograr la certificación de sostenibilidad RSPO en todos los núcleos palmeros para garantizar el acceso a los mercados local e internacional. También se deben reducir los costos de producción a través de la adopción de mejores prácticas agrícolas y empresariales, de la automatización en el proceso productivo en cultivo y en las plantas de beneficio, de la mecanización en las labores de campo y de la consolidación de escalas para manejo de cultivo y la operación de las extractoras, a través de diversos esquemas y el fortalecimiento de los núcleos palmeros que ha venido promoviendo el gremio.

Estamos ante un gran sector productivo. El aceite de palma es un extraordinario producto, con diversas aplicaciones en usos comestibles y no comestibles y grandes oportunidades de mercado de cara a los retos de crecimiento de la demanda de alimentos proyectado en cerca de 70 % para 2050. Cuenta con numerosos beneficios para la salud humana, hasta el punto que quienes hace algún tiempo tenían reparos al consumo de aceite de palma, hoy en día lo catalogan como parte de la solución a problemas de salud pública, como aquellos asociados al consumo de grasas trans. Tambien es un producto con potencial para aportar en lo ambiental, al tener una menor presión sobre el uso del suelo, al tener los mayores rendimientos de aceite por hectárea frente al resto de semillas oleaginosas y con importantes contribuciones a la reducción de gases de efecto invernadero (GEI), una de las principales preocupaciones del cambio climático.

Finalmente, es importante resaltar que Cenipalma está celebrando sus 25 años de labores, y ha alcanzado una madurez institucional muy importante, lo cual le ha generado confianza al sector y valor a la palmicultura colombiana, constituyéndose en un activo estratégico para la agroindustria de la palma de aceite en Colombia, del que debemos estar todos muy orgullosos.